

Juan García Ponce, **Inmaculada o los placeres de la inocencia**. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Plantearse la producción narrativa de García Ponce dentro del marco temático de su especialidad erótica plantea un límite que a la vez es rico en proposiciones: cierra las múltiples opciones de sentido del texto para emprender el deslinde de lo que el texto sugiere como erótico. Sin embargo esta reducción de análisis de la obra es aparente, pues tras ésta se esconde la posibilidad de asumir en el goce corporal sin condicionamientos una actitud vital que es a la vez revelación. Así lo experimentó Paloma en su relación con Gustavo en la anterior novela de García Ponce **De ánimo**, donde la **ausencia** (física) final de aquél se revierte en ella en presencia espiritual en su amado, según el juicio crítico del novelista Hernán Lara Zavala.

Ahora el cuerpo de Inmaculada testimoniará los trazos de varias etapas vivenciales. Haciéndosele presente al principio el acto sexual sólo como un rumor de quejidos, Inmaculada, "la niña vestida de blanco", llega a lo que ella cree como conocimiento a través de las

percepciones auditivas de "aquella" puerta llena de rumores extraños que no lograban cristalizar en imagen. En esta etapa de la niñez, Inmaculada tendrá su amiga, Joaquina, y un lugar donde compartir sus "juegos dirigidos": la casa de las muñecas. En este espacio de la niñez, el sexo se hace conocimiento. El asombro, la fascinación y, sobre todo, la obediencia, serán actitudes que aprenderá Inmaculada y nunca más olvidará; la curiosidad y el rechazo serán formas del deseo que hacen ceder ante lo prohibido. Joaquina e Inmaculada descubrirán en las muñecas su valor como mediadoras en el conocimiento de sí mismas. De allí que los cuerpos de las muñecas experimenten en un plano metafórico lo que descubren en sus cuerpos las dos amigas en el plano real; las muñecas pierden su significado primero como objetos de diversión para ganar otro nivel semántico. Inmaculada y Joaquina "sabían que eran otra cosa además". Esta última, muñeca que suplica, tiembla, suspira y se queja, reconoce en la actitud obediente de Inmaculada, ante sus deseos, un instrumento de dominio, asomando la primera antítesis fundamental que define a la protagonista: afirmar su dominio a través de la sumisión. Una nueva etapa en su vida conlleva

una nueva compañera: Victoria será ahora su amiga en ese juego amoroso adolescente, donde, si bien el sentimiento de pecado, de culpa, de lo prohibido, de la conciencia plena de que algo se está transgrediendo asalta a ambas amigas, todo ello no es reconocido como tal, termina experimentándose un placer en lo prohibido.

Los motivos de la huida de Inmaculada del espacio familiar permiten pensar ese acto como una alternativa a las normas éticas sociales a las cuales quiere someterla su familia (la idea del matrimonio); esta moral de trabajo es sustituida por una actitud de derroche, de exceso, de goce, de desperdicio de tiempo: la vida de Inmaculada como sucesión no justificada de experiencias corporales. Todo el cuerpo de Inmaculada cede ante el primer roce, se hace incontenible, lo cual la lleva a la aceptación "inocente" de toda aventura, cuando nadie es especial y por lo mismo excepcional:

Allí, desnuda, en las piernas de alguien que acababa de conocerla, tuvo por primera vez la disolvente sensación de ser mirada sin que su voluntad pareciese intervenir, de que la contemplaran como si no existiera y por eso la hicieron existir más que nunca.

A García Ponce no le interesa tanto la descripción minuciosa del acto sexual como las reacciones que sus personajes femeninos comparten en ese instante, librándolos de esquemas binarios -bueno/malo, lícito/ilícito- que alienen sus conciencias y enfrentándolos ante las desvanecencia de las fronteras: entre la verdad y la mentira no hay diferencias. Inmaculada nunca impone reglas de juego, todas las acepta sin terminar siendo objeto. Sus compañeros ocasionales -pintores, fotógrafos, doctores, oficinistas- forman una gama variada de seres que asumen la inmediatez de su existencia, sin cuestionar cada uno de sus actos; todos ofrecen una mirada aprobatoria a Inmaculada. Dice un amante suyo:

Si algo tenemos del pasado inmediato y hasta del presente es el placer de entregar nuestros gustos sólo a los que se deciden a ello.

Así se nos va presentando la vida de Inmaculada, como un sucesivo cambio de escenarios donde perdura una sola representación; cambian los actores y la representación se enriquece en experiencias que sin embargo no agotan el cuerpo, pues este sólo atiende a la libertad del

deseo, sin someter el imperativo corporal -como al texto mismo- a razonamientos teóricos explicativos o postulaciones silogísticas. Esta continua inocencia de Inmaculada es la que la lleva a afirmar en sus actos la "infidelidad" como una vía para establecer la "fidelidad": el cuerpo de ella se fragmenta y esa parte "infiel" es la que le pertenece más puramente a su inmediato amante; sobre ese fragmento dependiente-independiente del cuerpo recae la vergüenza, no moral, sino poseedora de una "rara" raíz y fundada sobre el desconocimiento. La certeza e importancia de tener cerca el objeto amoroso se comparte con la ausencia o la distancia de éste:

Inmaculada se había dejado conducir por sus sensaciones, hubiera hecho lo mismo también sin Miguel una vez que empezaba a hacerlo, pero era distinto que ahora se diese cuenta de que Miguel había estado mirándola y todo empezó por su voluntad de complacerlo.

Tras este largo "aprendizaje" amoroso, Inmaculada regresa a su hogar para continuar su vida como hasta ahora, pero esta vez bajo un nuevo compromiso: su casamiento con su primer novio. El placer

inocente que brinda el cuerpo de Inmaculada es reivindicador del juego, del ocio, del placer carnal, todo ello en un acto saludablemente provocador: su inocencia vive en el límite de la lubricidad.

Alvaro Contreras B.